

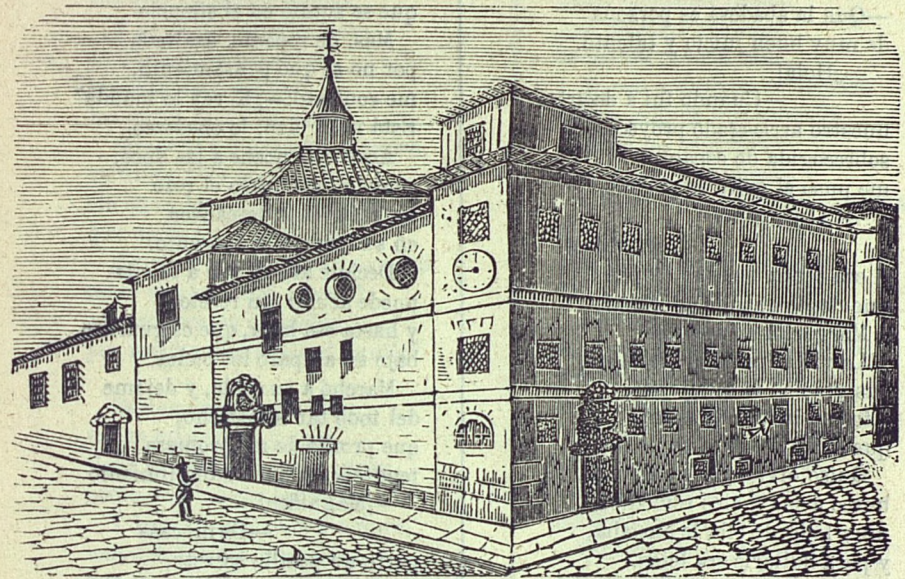
A-C.63/5

Biblioteca Regional de Madrid

Biblioteca Regional de Madrid

P. 38
Ch.

71



El reloj de San Plácido.

(ROMANCE TRADICIONAL.)

I.

En derredor de una mesa,
donde manjares diversos
en confusion esparcidos
son de una cena los restos,

Dos personajes celebran,
con ánimo desenvuelto,
las mil picantes palabras
de un personaje tercero.

Y en medio de la alegría,
de los placeres en medio,
indican sus ademanes
la sumision y el respeto.

A un brindis sigue otro brindis,

á un chiste siguen doscientos,
y en tanto marca una aguja
el triste giro del tiempo.

De pronto el mas arrogante,
el de blasones mas bellos,
el que en sus ojos llevaba
la majestad y el imperio,

—Basta, les dijo, una empresa
nos trae aquí, y no debemos
sin conocer sus detalles
llevar la empresa á su término.

Que cuente el buen Villanueva
sus inauditos esfuerzos
para vencer las virtudes
que viven en su convento.



—¡Señor, quizás sean mas grandes de lo que juzgais!

—Lo creo.

—Que la abadesa es persona de muy buen juicio y talento.

—¡Hola!

—Cuando fui á decirla nuestro arriesgado proyecto, sobrecogida de espanto, me puso el grito en el cielo.

—¡Al patrono!

—Preguntóme si era tenaz vuestro empeño, que desde cuándo adorábais á Margarita en secreto.

La vió al profesar, la dije, sus gracias le sedujeron, y fué su inocencia aroma que embalsamaba su pecho.

Quiso olvidar sus encantos, buscó á sus males remedio, muy lejos de ella le ansiaba, y para hallarle era lejos.

Por eso junto á su lado buscando viene un consuelo, y hoy vuestra licencia pide para calmar sus deseos.

—¿Y contestó?

—Su respuesta

fué muy precisa á lo menos; Entre Dios y el rey, me dijo, decid que Dios es primero.

Que las santas religiosas que á mi cuidado conservo, jamás pisarán del crimen el floreciente sendero.

Que el rey es noble, y que nunca querrá dejar en un pecho, en vez de una paz tranquila, un triste remordimiento.

—¿Qué tal, conde-duque?

—Digo

que es un sermón de los buenos, que madres predicadoras debieran tener los templos.

—Continuad.

—Pues bien; yo al punto mi autoridad ejerciendo, en espresiones severas troqué los humildes ruegos.

Con esto, y con un mandato de mi soberano y dueño, tan ofuscada quedóse que se sumió en el silencio.

Mas, de repente, asaltada por no sé qué pensamiento, me contestó:—¿El rey lo manda? Está muy bien; le obedezco.

Aquí esta noche á las doce, cuando terminado el rezo las religiosas descansan en su tranquilo aposento,

Decidle al rey que á la cita puede acudir sin recelo, y hasta esa hora, que os guarden bajo su amparo los cielos.

Marchó á su celda, y dejéme del todo tan satisfecho, que pronto de mi promesa tendreis un buen cumplimentó.

—¡Magnífico!

—De mi casa parte un pasillo secreto, que hasta una puerta conduce sin inquietudes ni riesgos.

Y para entrar en los claustros con el debido misterio, no falta mas que una llave... esta es la llave; os la entrego.

—¡Venga una copa, y al punto brindemos todos!

—Brindemos.

—¡A la salud de la monja!

—¡A su salud!

—Al convento.

Cogió una lámpara el conde, y á Villanueva siguiendo, por el pasillo adelante en pos del rey se perdieron.

Y ya no se oyó mas ruido que los misteriosos ecos de aquel reloj, que marcaba el triste giro del tiempo.

II.

Hay en Madrid una iglesia, que de San Plácido llaman, y al lado un pobre convento de muy mezquina fachada.

Allí alejadas del mundo, cifrando en Dios su esperanza, dejó en un tiempo la córte sus mas elegantes damas.

Y en santo recogimiento, en elocuentes plegarias, las religiosas sentian los puros goces del alma.

¡Blancas y hermosas palomas en dulce nido encerradas, sin otros bienes que aquellos que de la virtud emanan!

¿Quién quiso vuestra inocencia pisar con su torpe planta?
¿Acaso toca en los cielos por mucho que vuele el águila?

Es una noche sombría, noche misteriosa y vaga, llena el silencio los claustros como una tumba sagrada,

Y hay un ambiente tan puro, una soledad tan lánguida, que los sentidos se aduermen del pensamiento en las alas.

En éxtasis delicioso la noche acaso girara, á no turbarle una llave por dura mano forzada.

Llave, que abriendo una puerta de proporciones escasas, dá paso á tres embozados que entre las sombras se marcan.

Giran el rostro á ambas partes, ven la estension solitaria, y débilmente deslizan, entre ellos, breves palabras.

—¿El coro?

—Allá á la derecha.

—¿La celda?

—A la izquierda se halla.

—¿Y estará sola?

—Sin duda.

—Acompañadme á la entrada.

Siguieron la galería, y entre inquietudes livianas, con tal sigilo se mueven, que no parece que avanzan.

Ya ven el fondo; ya tocan el término de sus ansias;

mas ¡ah! cuando algunos pasos tan solamente les faltan

Se abre una puerta; al instante, como volcánica llama, una claridad inmensa la oscura bóveda baña,

Y, con antorchas brillantes, miran salir de una estancia á todas las religiosas en procesion ordenada.

Cuatro, en sus hombros, conducen el féretro de una hermana, y en dulces notas sentidas sus tristes cánticos alzan.

Estáticas las contemplan, se trueca en pavor su audacia, y al desfilar por delante la comitiva angustiada,

En el reloj del convento, como quejido de un alma, con melancólico timbre las doce suenan pausadas.

Quieren huir; pero en vano con sus deseos batallan, que aquellos tristes despojos tal impresion les arrancan,

Que sus grandezas humilla ante la fúnebre caja, con Villanueva y el conde, Felipe IV el monarca.

Y de sus lánguidos ojos dejando escapar dos lágrimas, borrar pretende con ellas de su conciencia una mancha.

III.

Aun es de noche; el reposo sus alas tiende amorosas; ningun acento se escucha vagar por las negras sombras.

De aquellos dulces lamentos, que reflejaron las bóvedas, perdidos ya en el espacio, ni un solo recuerdo brota.

....Allá en apartada celda, entre mortales congojas, estrechamente abrazadas dos santas mujeres lloran.

Y no mas blancas se muestran



de la azucena las hojas,
que aquellos rostros ceñidos
por las elegantes tocas.

Ambas suspiran en medio
de una soledad hermosa,
y algunas trémulas frases
entre sus lábios asoman.

—¡No puedo mas!
—¡Pobre niña!

Desecha angustia tan honda,
que si para el mundo has muerto,
vives, para Dios, con honra.

En mí hallarás un consuelo,
confía en tu protectora;
mas antes del triste cáliz
apura la última gota.

Escribe aquí.

Y de una silla
tomando un libro afanosa,
con la otra mano una pluma
entre sus dedos coloca.

Cogióla su protegida
con resolucion heróica,
y en una página al punto
dejó estendida esta nota:

«Hoy veintitres de Diciembre,
»dia de Santa Victoria,
»la hermana sor Margarita
»trocó esta vida por otra.
»Fué sepultada á las doce

»con todas las ceremonias,
»que el cielo premie sus cuitas
»con una paz mas dichosa.»

Firmó la abadesa al márgen,
y al poco tiempo la aurora
su blanca luz estendia
sobre las dos religiosas.

IV.

Pasados algunos meses
en su arrogante palacio
el rey con el conde-duque
entabla el siguiente diálogo:

—¿Se hizo mi encargo?
—Señor,

cumplido queda su encargo.
—¿Y la abadesa?

—Las gracias
envia á su soberano.

—Muy bien.

Y al siguiente dia
los madrileños hallaron
un nuevo relój en la torre
de las monjas de San Plácido.

Relój, que daba las horas
con triste son funerario,
y desde entonces su timbre
á muerto sigue doblando.

A. B. y C.



ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,

LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1871.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
Rollo, 6, bajo.



1072194

